

gentes que poco antes los habian violado todos con la notoriedad que es sabida (1). Asi lo dijo malamente Morla, gobernador de Cádiz, contestando el 10 de agosto á las fundadas quejas de Dupont. La junta sevillana se adhirió al dictámen de aquel, de un modo bien indigno por cierto de su autoridad soberana. Temió sin duda, obrando en otros términos, indisponerse con el pueblo irritado, pero los rígidos deberes que su posicion le imponia no disculpan error tan lamentable. El maquiavelismo inglés contribuyó tambien á fascinarla en tan triste sentido; y otro fuera tal vez el resultado, á no haber oido aquella corporacion sujestion alguna extranjera. Quedaron, pues, las tropas de Vedel defraudadas en sus esperanzas, comprendiéndoles la misma suerte que cupo á las de Dupont, que fué quedar en las fortalezas ó en los encierros, ó en los pontones del puerto de Cádiz, siendo últimamente declaradas prisioneras de guerra de S. M. Británica. Escepto un pequeño número de soldados que se quedaron á servir bajo las banderas españolas, para tener con esto ocasion de pasarse á las suyas, y escepto algunos pocos tambien que pudieron fugarse de la rada de Cádiz, todo el cuerpo del ejército que en Andalucía operaba á las órdenes de Dupont fué perdido para la Francia. Dupont, Vedel, Marescot y los demas gefes de aquellas tropas, con la sola escepcion de Pryvé, volvieron á su patria en agosto y setiembre, y con ellos los empleados de la administracion militar, y varios oficiales superiores y otros del estado mayor (2).

Tal fué el éxito deplorable de la expedicion de Dupont al mediodía de España. Cuando Napoleon tuvo noticia de aquel desastre, no hirió con su cabeza, dicen los escritores franceses, los muros de su palacio, ni tampoco gritó como Augusto: *Varo, Varo, vuélveme mis legiones*. La pérdida de 17,000 soldados podia muy bien repararla quien como él disponia de la vida de 40 millones de hombres; pero sus ojos derramaron lágrimas de sangre sobre sus águilas humilladas, sobre el honor de sus armas tristemente ultrajado y abatido. Perdida era para siempre jamás aquella virginidad de gloria que juzgaba él inseparable de la bandera tricolor: el prestigio se habia deshecho; los invencibles habian quedado vencidos y sujetos al yugo..... ¿y por quién? por los que en las miras de su política le importaba considerarlos y tratarlos como un hacinamiento miserable de proletarios rebeldes. Su golpe de vista justo y rápido penetró claramente el porvenir. La junta de Sevilla, mirada por él hasta entonces como una reunion de insurgentes, quedaba desde la capitulacion de Andújar convertida en gobierno regular, en poder propiamente dicho; y la España debió aparecer á sus ojos fiera, noble, poderosa, tal, en fin, cual se habia ostentado en sus tiempos heróicos. La imaginacion borraba de las páginas de la historia los débiles recuerdos de los últimos reyes austriacos y de la dinastía de Borbon, aproximando y confundiendo en uno los triunfos alcanzados en Pavia y las palmas cortadas en Bailen. ¿Qué esfuerzo y qué poder no era necesario desplegar para domar á una nacion que acababa de reconocer su fuerza, y que se la exageraba á si propia? ¿Qué efecto no debia producir eso mismo en las demas na-

(1) El mismo convenio de suspension de hostilidades fué hollado por Vedel y por Dufour, segun acabamos de ver; y si últimamente pasaron por lo que exijia la palabra empeñada, fué á despecho suyo tan solo, y á despecho del mismo Dupont, amenazado por Reding de ser pasado á cuchillo con todos los suyos, si aquellos persistian en fugarse. Asi, aunque no aprobemos el final resultado que la negociacion llegó á tener, parécenos, sin embargo, una especie de ley providencial la que castigó en los franceses de la expedicion andaluza su falta de buena fe y sus demastias anteriores. Por los demas, los lauros de Bailen nada tienen que ver con un acto posterior á aquella sublime jornada: la gloria de nuestros guerreros es pura, y sobrevivirá eternamente á la debilidad diplomática de la junta de Sevilla, única responsable del hecho que con tanta razon censuramos. *Amica patria, sed magis amica veritas*.

(2) Los generales Dupont, Vedel y Marescot fueron arrestados por Napoleon apenas se restituyeron á Francia, permaneciendo detenidos ó desterrados en el interior, sin formárseles consejo de guerra, hasta la caida del tronó imperial en 1814.



ciones? La Inglaterra deliró de alegría, la oprimida Europa fijó su atención en España... todos los pueblos volvieron sus ojos hacia el punto en que de una manera tan imprevista brotaba la luz que debía alumbrar al mundo.



de agosto de las...  
 hielmanche papel...  
 rana. Temis...  
 irritado...  
 tan lamentable...  
 te sentido...  
 seccion algunas...  
 sus esperanzas...  
 las quedar en...  
 dia, siendo...  
 capto un...  
 españoles...  
 pocos tambien...  
 eipome en...  
 cio. Dupont...  
 copion de...  
 giorde de...  
 mayor (21...  
 Tal fue el...  
 Cuando...  
 los escritores...  
 como...  
 los bodis...  
 bndres; pero...  
 hildas; sobre...  
 para siempre...  
 la bndres...  
 y asi...  
 corlada con...  
 rebeldes...  
 de...  
 aha deshe...  
 miento...  
 lit. con...  
 las paginas...  
 de la...  
 ados en...  
 necismo...  
 y las...  
 guezar para...  
 lustrata a...  
 no...  
 actor a...  
 al...  
 (1) El...  
 acion de...  
 ante...  
 llos...  
 la...  
 rido...  
 por...  
 lita...  
 (2) Los...  
 gues...  
 can...





AGUSTINA ARAGON.



194

El presente libro es el resultado de un trabajo de investigación que se realizó en el  
año 1940. Todos los derechos reservados por sus autores y editores. No se permite  
la reproducción total o parcial de este libro sin el consentimiento de los editores.



AGUSTINA ARANDA





## CAPITULO XV.

Sale el rey José de Madrid y pasa con los suyos el Ebro.—Continuacion y fin del primer sitio puesto por los franceses á Zaragoza.

**CU**ATRO dias eran pasados despues de la gloriosa jornada que acabamos de referir, cuando llegó á Madrid un vago rumor de lo ocurrido en Andalucía; rumor que poco á poco fué tomando cuerpo, llenando de alegría á los españoles á medida que se iba confirmando tan lisonjera noticia. Los generales franceses rechazaron la nueva en un principio, juzgando imposible de todo punto que un ejército como el nuestro, levantado en diez y seis dias, pudiera vencer del modo que se propalaba las huestes que mandaba Dupont. Bien pronto otras nuevas noticias vinieron á quitarles la venda que cubria sus ojos y á hacerles persuadir que era cierto lo que tan tenaces negaban. En medio de todo eso, José no recibia parte alguno que confirmase de una manera oficial el terrible desastre de los suyos. El capitán Villoutreys, encargado de participar al duque de Rovigo la capitulacion de Andújar, llegó al fin á Madrid el dia 29 de julio; y enterado José de la derrota con todos sus pormenores, reunió un consejo de guerra, compuesto de todos sus oficiales generales, sometiendo á su deliberacion el partido que en tan crítico estado de cosas se debía adoptar. El mariscal Moncey opinó que debía llamarse á Bessieres, y con sus tropas y las demas que estaban cercanas á Madrid defender con arrojo la posesion de la capital, antes que abandonarla con mengua huyendo de los españoles. Belliar, gefe del estado mayor general, creyó mas oportuno verificar una retirada y concentrar las tropas sobre Zaragoza (cuya ciudad se suponía rendida ó cerca por lo menos de estarlo), dejando á cargo de Bessieres ocupar con su cuerpo de ejército la línea del alto Ebro. El duque de Rovigo por último, propuso pedir al Emperador poderosos refuerzos, como único medio capaz de atajar el incendio de insurreccion tan formidable, y mientras estos venian, dirigirse hácia el norte de España, tomando posicion en el sitio que aconsejasen las circunstancias. Este dictámen prevaleció sobre todos los otros, y decidióse la retirada,



dándose orden á Musnier para reunir en Madrid las tropas que hubiera en Ocaña, Tembleque y Madrilejos; á la guarnicion de Segovia la de esperar el ejército en Buitrago, y á Bessieres la de establecerse en Mayorga hasta nuevo aviso, y ocupar á Zamora si la plaza se hallaba en estado de prometerse en ella los franceses alguna defensa. Por lo que respecta á Verdier, cuyas tropas asediaban á Zaragoza, prescribiósele que evacuase la plaza si habia caido en su poder, ó que levantase el sitio en caso contrario, retirándose de todas maneras y enviando á Pamplona la artillería de sitio y los enfermos con una guarnicion de soldados útiles, dirigiéndose él con el resto de sus tropas sobre Logroño, pasando por Tudela. En las instrucciones que se daban á cada uno de estos gefes, decíaseles ser la intencion del rey José reconcentrar todos sus medios de accion en punto á propósito para dar á los enemigos *una buena batalla*. De algun modo se habia de paliar la mengua que al intruso resultaba de abandonar la capital de su nueva monarquía á los diez dias de su entrada en ella.

La noche que precedió á la salida clavaron los franceses mas de ochenta cañones que no se podían llevar, inutilizando igualmente infinidad de fusiles y cajas, y arrojando en los pozos, estanques y norias del Retiro multitud de granadas y bombas y barriles de pólvora. Dejaron por inutilizar gran cantidad de viveres; pero en cambio saquearon los palacios de la capital y sitios reales, llevándose toda la vajilla y multitud de preciosas alhajas. José dejó al arbitrio de los españoles que habian abrazado su causa seguirle en su marcha ó quedarse, y este rasgo le honró ciertamente. Azanza, Urquijo, Ofarril, Mazarredo, Campo Alanje y todos los que con mas empeño habian trabajado para llevar á cumplido término la Constitucion de Bayona, continuaron adheridos al intruso, sea que temiesen la venganza de los españoles, sea que se considerasen ligados por sus recientes juramentos, sea en fin, que creyesen poca cosa la victoria de Bailen para hacerles variar de determinacion. Otros, entre los cuales se contaban los ministros Ceballos y Piñuela, y los duques del Infantado y del Parque, con gran parte de los que habian asistido, mas bien por compromiso que por voluntad, á la espresada junta de Bayona, pensaron de modo distinto; y libres muchos de ellos de la coaccion ó miedo á que habian cedido, mientras otros calculaban posible la resistencia que en un principio calificaron de quimérica, determinaron reconciliarse con la patria y seguir nuevamente sus pendones. Tan cierto es lo que atrás llevamos dicho, no haber sido maldad de corazon, sino aberracion de la mente, lo que produjo en la mayor parte de aquellos hombres su desercion ó momentánea apostasia de la mas santa de todas las causas.

El rey José salió de Madrid el dia 30 de julio, abriendo la marcha con las tropas de la guardia imperial y la mayor parte de la caballería, y siguiendo Moncey en la noche del 31, cerrando la retaguardia con el cuerpo de Observacion de las costas del Océano. El ejército siguió su marcha por Buitrago, Somosierra y Aranda de Duero, llegando José á Burgos el 9 de agosto, donde se reunió con Bessieres, cuyas tropas se habian replegado por Valencia de D. Juan, Villalon y Palencia, sin detenerse en las llanuras de Mayorga, ni dejar en Zamora la guarnicion que se le habia prescrito, por los inconvenientes y peligros que ofrecia lo uno y lo otro. Tan efimera y corta fué en Madrid la permanencia del intruso monarca.

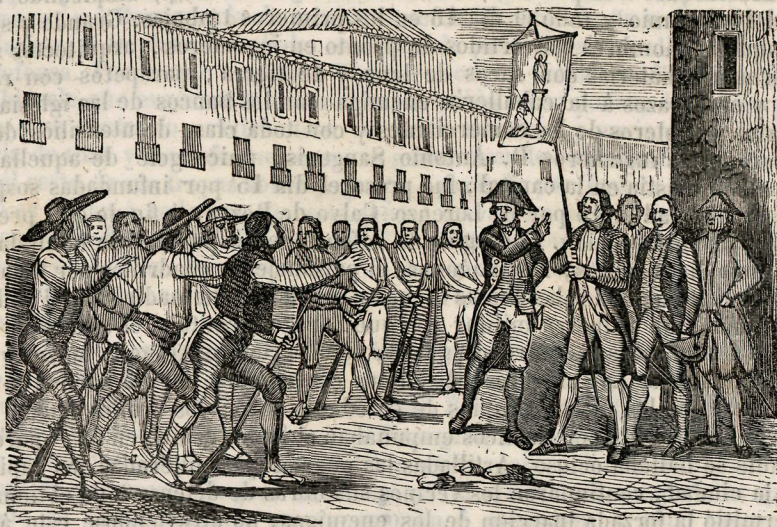
Mientras tanto la sin par Zaragoza continuaba indómita en su empeño de sucumbir primero que ceder á las huestes que la asediaban. El sol de 14 de junio habia alumbrado labriegos á los habitantes de aquel pueblo insigne; el del dia siguiente los alumbró héroes, y Lefebvre se vió precisado á reconocer su impotencia ante las débiles tapias que circuián la ciudad mientras no le llegasen refuerzos. Retiróse, pues, con los suyos, pasando en la llanura de Val de Espartera y en las colinas de Santa Bárbara y de la Bernardona la noche que creia poco antes vendria á ofrecerle descanso, despues de un fácil y seguro triunfo, en el recinto de la capital. Los zaragozanos comprendieron su fuerza, y desde el gloriosísimo hecho de las *Eras* agolpáronse todos á entrar por las puertas de la inmortalidad y de



la gloria, que á ninguno quedaron cerradas. Faltos de medios materiales de resistencia, dedicáronse á improvisarlos con actividad admirable, empleando toda la noche del 15 de junio y todo el día 16 en los primeros trabajos. Grande y sublime era ver aquellos hombres convertidos de pronto en ingenieros, arquitectos y zapadores, formando baterías con sacas de lana y de tierra, parapetos con ramas y troncos, y embarazos á la caballería enemiga con los bancos de las iglesias, con los armarios y tableros de los comerciantes y con toda clase de utensilios domésticos. El coronel de ingenieros D. Antonio Sangenis, único jefe de aquella arma que á la sazón existía en la capital, fué preso el día 15 por infundadas sospechas, y puesto en libertad el 16 por D. Lorenzo Calvo de Rozas, á fin de que presidiera los trabajos de fortificación. Encargóse la defensa de las puertas de la ciudad á los patriotas mas distinguidos, repartiéndose el paisanaje en cuadrillas por todas ellas, mientras el resto acudia á las demas faenas y servicios que nadie sino él podia desempeñar, dado que la fuerza militar con que Zaragoza contaba el espresado día 16 no llegaba á 200 soldados entre dragones, voluntarios de Aragon, suizos y voluntarios de Tarragona. Las mugeres y los niños contribuian por su parte á la ocupacion universal con las tareas propias de su edad y sexo; los frailes hacian cartuchos; otros religiosos y eclesiásticos empuñaban el fusil; nadie, en fin, aparecia remiso, nadie se hallaba ocioso. Artilladas las puertas y aspilleradas las tapias que circuian la ciudad, continuaron los vecinos sus obras de defensa todo el tiempo que se lo permitió la forzada inaccion de los enemigos, no atreviéndose este á intentar otra nueva acometida, ni hacer demostracion ninguna que pudiera llamarse formal hasta el día 27 de junio, en que reforzado con 5800 hombres y 46 piezas de grueso calibre, entre cañones, morteros y obuses, traídos por el general Verdier que reemplazó en el mando á Lefebvre, renovó tenazmente el fuego, y con él la esperanza de ocupar el recinto que tenia delante.

Antes de eso, y mientras Lefebvre tenia el mando, quiso este probar si las negociaciones tenian mas éxito que sus alardes de fuerza; pero habiéndosele contestado á nombre del general de las tropas de Aragon de un modo digno y enérgico, volvió á convencerse el frances de que la empresa de apoderarse de Zaragoza por ninguna clase de medios, era mas árdua de lo que presumia. Palafox, de quien hablaremos despues, estuvo toda la segunda quincena de junio ausente de la capital, siendo por esta razon menos ordenadas en un principio las disposiciones que se adoptaron para reglamentar y dirigir á la muchedumbre. Calvo de Rozas se escedió, sin embargo, á sí mismo en hacer cuanto estuvo en su mano, como autoridad encargada de la defensa durante la ausencia del jóven caudillo, por cuya vuelta suspiraban todos. Mientras esta se verificaba, envió Palafox á su hermano el marques de Lazan como gobernador de la plaza; y habiendo llegado este á la ciudad el 24, convocó para el día siguiente una junta compuesta de las principales autoridades é individuos de mas prestigio en la poblacion. La sesion dió principio manifestando Calvo de Rozas el estado de la ciudad y las medidas que hasta entonces se habian tomado; y como quiera que segun todos los indicios estuviese próximo el bombardeo, deliberóse largamente sobre todo lo que debia hacerse en tan critica situacion. Resueltos los puntos mas interesantes, y aprobadas todas las providencias que el intendente habia tomado, acordó la junta el día 26 que los oficiales y soldados alistados y todos los que voluntariamente habian tomado las armas, prestasen aquel mismo día en la plaza del Cármen y en las puertas de la ciudad juramento solemne de sostener la plaza á todo trance. El acto fué sencillo y magestuoso, concurriendo á él con los individuos de la junta el gobernador del arzobispado, el cura párroco de la Seo, el regente de la audiencia y el decano del ayuntamiento, llevando alzada la bandera de la Virgen del Pilar. Formadas las tropas y el paisanaje en los puntos señalados, leyóseles el juramento que estaba concebido en estos términos: *¿Jurais, valientes y leales soldados de Aragon, el defender vuestra santa religion, á vuestro rey y vuestra patria, sin consentir jamás el yugo del infame gobierno frances, ni abandonar á vuestros gefes y esta bandera, protegida por la Santísima Virgen del Pi-*





JURAMENTO DE LOS ZARAGOZANOS.

lar, vuestra patrona? ¡Si JURAMOS! contestaron las tropas; ¡JURAMOS! respondió el paisanaje; ¡JURAMOS! replicaron las mugeres y los niños..... y el aire resonó en todas partes con aquella sagrada protesta. Mucho prometer era aquel; pero Zaragoza juraba lo que estaba resuelta á cumplir.

Antes de proceder á este acto, habia Lazan contestado á las últimas proposiciones que se le habian hecho el dia anterior para que rindiese la plaza. Engañado Calvo de Rozas por las arterias de un comandante polaco que fingió querer desertar con varios de los de su nacion, habia salido el 25 á conferenciar con él, alejándose de la bateria del Portillo á vista de todos los suyos, fiado en que el oficial enemigo no abusaria de su posicion. Bien pronto tuvo ocasion de conocer el compromiso en que se hallaba, pues cercado repentinamente con el edecan Barredo y algunos otros que le acompañaban, por un número considerable de franceses, fué conducido á un olivar hondo á la derecha del camino de Alagon, donde el polaco, dejando la máscara, le intimó la sumision de la ciudad, so pena de quedar prisionero ó muerto sino consentia en rendirla como gefe supremo que era durante la ausencia de Palafox. La serenidad y entereza con que Calvo contestó á la amenaza desconcertó al frances en tales términos, que bajando este de tono, se limitó á proponer á aquel una entrevista con los generales Verdier y Lefebvre. Realizada esta al poco rato en el camino situado frente á la puerta del Portillo, manifestóronle los dos caudillos el desvarío que era en su sentir empeñarse Zaragoza en la resistencia, teniendo como tenian medios suficientes para reducirla, convirtiéndola en cenizas y pasando á cuchillo los habitantes, si persistian en su obstinacion. La ciudad por lo tanto debia por si misma ceder, y en este caso serian respetadas las personas y las propiedades, y hasta los empleados conservarían sus destinos, olvidándose todo lo pasado; de lo contrario, seria tratada con todo el rigor de la guerra. Calvo contestó con la misma entereza que al polaco, mas no por eso se negó á participar á las autoridades zaragozanas la nueva y espantosa intimacion. Retiróse, pues, felizmente cuando ya se acercaba la noche, y enterado Lazan de la escena, contestó que Zaragoza y sus valientes habian jurado morir antes que sujetarse al yugo frances. Con tan decisiva respuesta, transmitida por medio del ede-



can Barredo el día 26 por la mañana, claro era que los franceses no tardarian en replicar por su parte con el esterminio y la muerte. El día 27 de junio hicieron un fuego horroroso, acometiendo con tenaz empeño los puestos exteriores, y estando casi á punto de penetrar en el recinto, merced al espanto que durante algunos momentos ocasionó en la capital una desgracia tan inesperada como terrible.

Fué el caso que temiendo los moradores que la pólvora que habia en Torrero cayera en manos de los franceses, los cuales segun todas las muestras trataban de apoderarse de aquel punto, estrajeron de allí todas las municiones, conduciéndolas precipitadamente á las escuelas del seminario, sito en las Piedras del Coso. La negligencia y aturdimiento con que el paisanaje verificaba el transporte hizo que á las tres de la tarde se prendiese fuego en la pólvora recién almacenada allí, reventando de súbito aquel solidísimo edificio y volando por los aires las vigas, los carros y los hombres.

A tan espantosa explosion no pudieron resistir las casas contiguas, cayendo hasta catorce de ellas, y resintiéndose infinitas del resto de la poblacion, la cual pareció bambalearse toda del uno al otro extremo. Llenos de consternacion los habitantes al oír el estrépito y al sentir la tierra temblar bajo sus plantas, salian despavoridos del interior de sus domicilios, no sabiendo á qué atribuir tan inmensa desgracia, mirando todos con espantados ojos la horrible nube de humo que se cernia sobre la ciudad, oscureciendo tristemente el día y elevándose al cielo como el ángel esterminador despues de satisfechas sus venganzas. Espantado igualmente Lazan, si bien presumiendo el motivo, dirigióse presuroso al sitio de la catástrofe á asistir los heridos y poner el concierto posible en medio de tanto dolor, cuidando al mismo tiempo de dar las providencias oportunas, á fin de impedir que los franceses, prevalidos de aquella desdicha, aprovecharsen los primeros momentos de tribulacion, introduciéndose por las puertas. Estas en efecto habian quedado disminuidas de guardadores, por haberse dirigido una buena parte de ellos al sitio de la catástrofe. El enemigo aprovechó su hora, y embistiendo con furia los puestos medio abandonados, creyó apoderarse fácilmente de la poblacion consternada. Los valientes que estaban en las puertas les contestaron con la artillería y fusilería, y estendiéndose luego una voz general que gritaba *á las puertas, á las puertas*, volvieron los demas á sus sitios. El enemigo, visto esto, desistió de un empeño que era inútil ante tanta constancia y heroísmo. «Otras plazas mas fuertes, dice Alcayde, han capitulado con menos motivo: en Zaragoza cuando ardian las teas, humeaban los edificios y clamaban las víctimas espirantes, resonaba la voz de alarma, tronaba el cañon majestuoso, y las montañas inmediatas (las colinas quiso decir) repetian su bronco sonido á lo lejos.» La explosion, pues, no produjo el resultado que el enemigo apetecia; ¡mas ay! la desgracia era grande, porque los habitantes desde entonces comenzaron á carecer de la pólvora que en tanta cantidad necesitaban, y era preciso que los frailes, mugeres y niños se dedicasen á fabricarla hoy para consumirla mañana.

El día siguiente 28 ocurrió otra nueva desgracia, que fué la ocupacion de Monte Torrero por los franceses, contratiempo que á decir verdad era fácil de preveer, estando el enemigo reforzado, y no siendo los medios organizados para resistirle en campo raso suficientes para contrarestarle. Guardaba aquel punto importante el teniente coronel D. Vicente Falcó con un solo oficial, un sargento, dos cabos, setenta soldados y doscientos paisanos, á los cuales se agregaron despues unos cuantos soldados de Estremadura de los 500 que por aquellos dias habian venido de Tárrega, á las órdenes del bravo Larripa. La artillería consistia en tres piezas de á cuatro, colocadas en una batería á medio hacer en el alto de Buena-Vista, existiendo ademas otras dos piezas en el puente de América. Con tan débiles preparativos, fueles fácil á los franceses enseñorearse de aquellas posiciones, tanto mas cuanto Saint-Marc en el segundo sitio no pudo sostenerse en ellas, teniéndolas mejor defendidas y ascendiendo la fuerza con que contaba á cerca de seis mil hom-